El año decisivo de la TRANSICIÓN

Ilustración de José Ramón para el programa electoral del PSOE en 1979.

Hace 25 años, España celebraba sus primeras elecciones democráticas en casi cuatro décadas. 1977 se convirtió así en el año emblemático del tránsito de la larga dictadura franquista a la normalización y la igualación con las democracias occidentales. La Transición es Historia, pero ha sido protagonizada por la mayoría de la población actual de España y, por tanto, es todavía tótem y tabú. Sobre ella reflexionan doce especialistas

La Historia pisó el acelerador
Julio Aróstegui
pág. 46

Los actores
Análisis de: Albert Balcells, Marc Baldó, Gabriel Cardona, Antonio Elorza, Julio Gil Pecharromán, Juan María Laboa, Emilio Menéndez del Valle, Javier Paniagua, Justino Sinova y Ramón Tamames
pág. 52

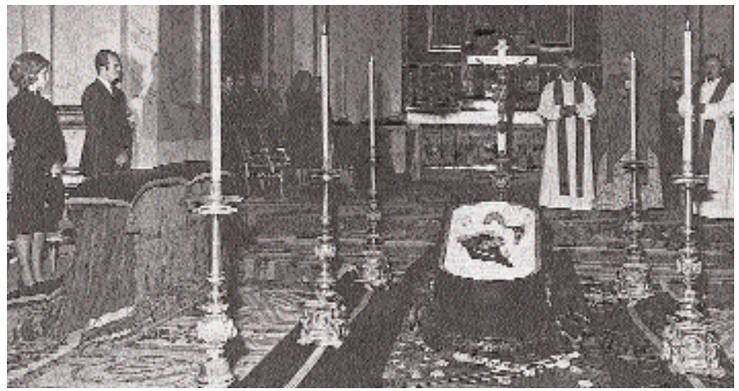
Paradojas de los cambios sociales
Amando de Miguel
pág. 63

La Historia pisó el ACELERADOR

En diez meses de 1977, España vivió más cambios que en las cuatro décadas precedentes. **Julio Aróstegui** analiza la Transición y la generación que la protagonizó, a la vez que pide una revisión crítica de la imagen edulcorada que nuestra memoria ha guardado de esos años

Según cierto periódico madrileño, en los días de rememoración del veinticinco aniversario de las elecciones del 15 de junio de 1977, que hemos celebrado este año 2002, un político y gobernante de las filas de la extinguida UCD comentaba: "No hay que olvidar que estamos mucho más cerca del Inserso que del poder". Seguramente se trata de la más ilustrativa formulación de lo que la historia de los grandes acontecimientos tiene siempre de oportunidad irrepetible y específica de una generación. E, ineluctablemente, la generación de dirigentes que fue protagonista en la Transición española, como admite uno de ellos, está hoy más cerca de la jubilación que del poder. Sólo han pasado veinticinco años, pero hemos vivido una historia tan rápida que toda ella parece ya amenazada con su conversión en no más que memoria.

Sin embargo, la España de hoy es, en la mayor parte de sus parámetros, los buenos y los que lo son menos, hija de la obra de aquella generación. Pero también es cierto que quienes vivieron la Transición como sujetos activos, los que se encontraban entonces en una primera madurez, han dejado ya de ser, o están a punto de ello, la generación activa en la historia de nuestro presente. La generación a cuyo cargo están mayoritariamente en cada momento los resortes de la plena actividad social. Una obra, decimos, que, ciertamente, no explica ya por sí sola toda nuestra realidad actual, porque otra generación, otros proyectos y realidades, otros problemas, han venido a modificar en buena manera todo aquello que nos definió entonces. La memoria del pasado es, además, hija ella misma del presente en que se rememora. Y así, en la línea de un presente más prosaico, algo nostálgico, no poco –en exceso, tal vez– complaciente y, por lo general, festivo, se ha desenvuelto la rememoración de aquel momento auroral, decisivo, de la historia que aún vivimos.



Los Reyes, Juan Carlos y Sofía, presiden la **capilla ardiente del general Franco**, en el Palacio de Oriente de Madrid, noviembre de 1975.

Sin duda, fue el año de 1977 el que resultó crucial en aquel proceso que nos llevó de la dictadura a la democracia, como tantas veces se ha dicho. La Transición tuvo un antes y un después de la cadena de acontecimientos que comenzaron con la promulgación de la Ley para la Reforma Política, pasó por la legalización de los partidos políticos, con inclusión del notable episodio ocurrido con la del PCE, culminó en las elecciones del 15 de junio y fructificó en los Pactos de La Moncloa. En diez meses se había hecho más historia que en muchos años.

Se cumple ahora un cuarto del siglo del momento en que la mayor parte de los ciudadanos españoles de hoy fuimos a ejercer nuestro derecho en las primeras elecciones generales legislativas que, con carácter democrático, se celebraron en España después del largo paréntesis –en este aspecto preciso de cuarenta y un años y medio, nada menos– del régimen de Franco. Nos encontramos, pues, ante una de esas fechas redondas en las que nos hemos acostumbrado a depositar periódicamente las acumulaciones más significativas de nuestra memoria colectiva.

Julio Aróstegui es catedrático de Historia Contemporánea, Universidad Complutense.

Adolfo Suárez hace campaña electoral en 1977, para las primeras elecciones generales que se convocaban en España desde 1936.

Folleto electoral de la **Unión de Centro Democrático**.

Un acontecimiento monstruo

El proceso de la construcción de una España democrática, mucho más abierta, europea, de acuerdo con los tiempos, vivió el 15 de junio de 1977, día de las elecciones a diputados y senadores para un nuevo Parlamento, una de esas efemérides memorables que se convierten en *acontecimiento monstruo*, como dijese hace años Pierre Nora, que acaba abriendo una época distinta. Y la que empezó entonces lo es indudablemente. Un 15 de junio de 1977 volvíamos los españoles a las urnas, en la forma común propia de las democracias, para ejercer un derecho nunca más ejercido hasta entonces después de febrero de 1936. La primera plasmación real de la Ley para la Reforma Política fue aquella fiesta de la libertad.

Que el evento constituyó una de las claves históricas de nuestro siglo XX, dentro de la extraordinaria fecundidad de todo el año 1977, no es puesto en cuestión por nadie. Los análisis que aquel hecho ha suscitado se han centrado, sobre todo, en lo politológico, en la sociología electoral y en la imagen política de los españoles que reveló, con la consiguiente puesta en marcha de la instauración de un sistema político nuevo, reflejado de forma inmediata en el surgimiento de un sistema de partidos políticos a lo que necesariamente condujeron los resultados electorales. Pero como hecho decisivo de toda la marcha de la transición hacia la democracia, como primer síntoma y representación de cómo veían los españoles el futuro político y social en una nueva etapa histórica, su tratamiento se presta a conside-

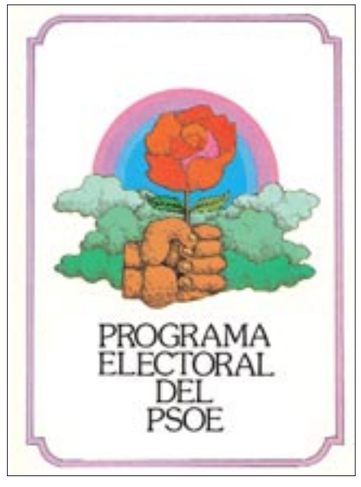
raciones más amplias, que son las que, en lo posible dada la brevedad de este texto, queremos abordar aquí.

Para una parte amplia de los historiadores españoles, si la memoria de la Transición política tras la larga etapa franquista se mantiene viva y ejemplar, su historia está aún hoy por escribir en términos más aquilatados y completos. Y, aún más, para bastantes de ellos está necesitada ya de una decidida revisión. En líneas generales, la transición posfranquista es tenida, sin discusión, por el hecho más trascendente, y positivo, de toda nuestra historia en el siglo XX. Una consideración que suele hacerse siempre acusando el contraste con lo que significa igualmente nuestro más ostensible fracaso colectivo: el de la Guerra Civil, cuarenta años –prácticamente dos generaciones–, anterior, estando, además, ambos hechos estrechamente correlacionados. La consideración halagüeña y satisfecha de la andadura colectiva de los españoles que empezó en un mes de noviembre de 1975, convive, no obstante, con posiciones y visiones menos complacientes. La idea de que la imagen hoy predominante de esa historia, aún no construida enteramente, debe ser ya objeto de revisiones tampoco es, como hemos dicho, infrecuente.

1977, el año constituyente

Aquel año clave de 1977 tiene como rasgo más destacable entre todos, a nuestro modo de ver, su verdadero carácter constituyente. Fue una realidad que el resultado mismo de las elecciones del 15 de junio trajo a primer plano, pues de él se dedujo que lo que necesitaba y demandaba el país no era una mera reforma, sino un replanteamiento más profundo de las reglas de la convivencia futura. Josep M. Colomer ha expuesto de forma convincente cómo las opciones posibles fueron confrontándose entre sí en forma de dilemas desde 1976. Primero, entre mero reformismo y nuevo sistema; después vino la pugna entre el reformismo y la continuidad –toda la segunda parte de 1976–. Por fin, aprobada la Ley para la Reforma Política, la opción continuista quedaba descartada y, en 1977, se abrió la decisiva alternativa entre reforma o Constitución. Esta opción última fue, desde luego, considerada ya

Folleto de propaganda electoral de la **Democracia Cristiana**.



Folleto electoral del **Partido Socialista Obrero Español** para las elecciones generales de 1979.

por muchos de forma implícita desde tiempo antes, pero no pasó al lenguaje directo de la vida política del momento. Un momento que llegó cuando el 15 de junio demostró cuál era el verdadero sentimiento del pueblo.

Por ello, 1977 fue un año fundacional, el que marcó un antes y un después, y las elecciones del 15 de junio fueron la verdadera bisagra. Con espíritu fundacional acudieron, acudimos, los votantes a las urnas. El cuerpo electoral tenía que elegir entre un amplísimo espectro de propuestas presentadas por más de doscientos grupos políticos distintos, obviamente de desigual entidad, capacidad, alcance territorial y representación. Se ha destacado que la mayoría de esos grupos era de carácter regional y todo mostraba la inexistencia de un espectro político decantado y de perfiles precisos. Situación propia, claro está, de un país que había vivido casi medio siglo sin prácticas democráticas.

Comprensible ambivalencia

La respuesta política de los españoles fue ambivalente, pero perfectamente inteligible. Por un lado, la masa de votantes optó con abrumadora mayoría por instalarse directamente en el camino de la democracia representativa, descartando categóricamente cualquier opción distinta del liberalismo democrático. Ese era el espíritu constituyente. El mensaje inequívoco enviado a los reformistas fue realizar ya, y no meramente prometer, un programa de reformas, auténticamente transicional pero sin vuelta atrás, que equivalía realmente a un cambio sin ambages. Pero, junto a ello, el pueblo señaló de manera, quizás, clara también, pero mucho menos categórica, a quiénes se hacía este encargo de materializar ese cambio a la democracia. Dejó más bien las opciones abiertas.

En efecto, las elecciones no dieron una victoria inequívoca a ninguna de las propuestas en liza, aunque establecieron entre ellas una jerarquía evidente. Sus resultados evidenciaron la decisión mayoritaria de hacer una "apuesta por el centro", como ha sido llamada, pero sin conceder un cheque en blanco a quienes la representaban. Tal es la interpretación más adecuada de la victoria relativa, o sea, sin mayoría absoluta, de un grupo político tan complejo y tan improvisado, tan *ad hoc*, como la Unión de Centro Democrático, instrumento básico en el proyecto del adelantado indiscutible hasta el momento de aquel proceso, Adolfo Suárez. La UCD representaba ese siempre difícil y etéreo centrismo, según la caracterización hecha por el maestro de politólogos Maurice Duverger.

A la UCD se le concedía el encargo de gobernar y de cambiar las instituciones políticas del país, pero con la necesidad

Dirigentes del **Partido Comunista de España** celebran en su sede de Madrid el anuncio de la legalización, el 9 de abril de 1977.

de apoyarse en otros grupos. El triunfo relativo fue, pues, seguramente el más claro mensaje a los gobernantes de que la reforma era imperativa y de que era posible llevarla a cabo desde distintas posiciones. La necesidad de "constitucionalizar" el cambio fue bien entendida por Suárez y su equipo, pero a ello no era ajena la voluntad ya expuesta antes de grupos muy representativos, como el PSOE, de emprender un proyecto que no tenía otra salida que la constituyente.

Radiografía de un país

El día 15 de junio de 1977 se desvelaron tanto el espectro más preciso, como una radiografía de las posiciones y el comportamiento político de los españoles y de sus expectativas. Un espectro que en algunos extremos de sus líneas más generales se ha mantenido hasta hoy mismo, veinticinco años después, y que en algunos otros ha sufrido cambios que le conceden no menos significado e interés que las permanencias.

En todo caso, el 15 de junio, y sus resultados mismos no se entenderían del todo sin lo que les precedió y lo que les

Folleto de propaganda electoral del **PCE**, con el programa para Madrid.

sucedió. Es evidente que aquella consulta representaba más que nunca una confrontación con la opinión del país en su conjunto. Que para ella no existía una preparación o una infraestructura que permitiera una puesta en marcha fácil. Muchas cosas apenas habían salido del momento de la improvisación: la existencia y legalidad misma de los partidos, la regulación de la consulta mediante un decreto del Gobierno, aprobado muy poco antes, pero cuyas líneas se han consagrado hasta hoy. Ni estaba claro cuál sería el rumbo que se desprendería de todo ello.

Las sorpresas que su resultado arrojó fueron varias y decisivas. Por lo pronto, los españoles habían descartado las opciones más extremas del espectro: la propuesta rupturista nítida del PCE y la no menos nítidamente continuista de AP. La tendencia de los votantes hacia las opciones más al centro sería una de las connotaciones clave del espectro político español, en la línea de lo observado en la mayoría de las democracias europeas. Pero tampoco consagraban un ganador en exclusiva y ello, más que una prueba de división, era una exigencia de eficacia y un mandato de pacto y de consenso. El país estaba lejos de querer entregar su destino a un modelo político en exclusiva, salvada la exigencia democrática.

Como momento equivalente a una revelación, después de haber auscultado a la opinión, el 15 de junio puede ser comparado también con ese momento axial, en terminología tomada del lin-

güista Benveniste, en que todo presente se desvela y parece que comienza. Fue el momento axial de la Transición porque representaba la confrontación definitiva entre los proyectos "negociados" y las aspiraciones de la ciudadanía. Como una especie de "fin del principio", aquel proceso electoral, tan urgente después de más de un año de dudas, y, por lo mismo, tan improvisado, fue la epifanía de una nueva España y del protagonismo político de una nueva generación: la de los hijos de quienes habían sufrido la Guerra Civil, unos como vencedores y otros como vencidos. De ahí su valor crucial. Quienes no entendieron que era justamente un momento fundacional acabaron pagando más tarde o más temprano su error. O, para decirlo más claro, aquellos grupos políticos que no se decidieron sin condiciones a mirar de otra manera al pasado –y eso fue lo que ocurrió en ambos extremos del espectro político–, quienes no acertaron a cambiar los hombres, los dirigentes y las mentalidades, por más méritos que pudieran aducir en su trayectoria, acabaron, como el tiempo demostraría, perdiendo la batalla.

Los redactores del **texto constitucional**, con cuya aprobacion en referéndum, el 6 diciembre de 1978, se considera finalizada con éxito la Transición democrática de España.

La semántica del cambio

Hay también una historia más íntima, menos factual y más profunda de lo que el año 1977 trajo y representó, que no está, al contrario de lo que creen algunos, en los archivos y arcanos secretos de los políticos más relevantes, sino en las vivencias reales del común de las gentes que tomaron parte en aquella historia. Fue en 1977 cuando la marcha hacia una nueva situación empezó a tomar cuerpo en las conciencias y el comportamiento de las gentes, después de un periodo de estancamiento y de dudas como fue 1976. La Transición acabó transformando o creando su propio lenguaje, que algunos politólogos que han intentado analizarlo no han acabado de captar en toda su hondura. Pues no se trata sólo de los cambios en el discurso político de los nuevos líderes, sino de la aparición de una verdadera nueva semántica.

Así, la democracia seguiría siendo todavía durante un tiempo una expectativa, pero daba un paso más como realidad sujeta a prueba. Durante unos años clave, a partir de entonces, los que transcurrieron hasta mediados de los años ochenta, en que empezó a abrirse paso la sensación del desencanto, la democracia vino a ser una situación y un reto, a la que se atribuirían por muchos españoles, con precipitación y con ingenuidad, bien todo lo bueno o todo lo malo que nos iría sucediendo.

La democracia lo solucionaría todo o lo haría empeorar, como pensaban también no pocos. El consenso fue la palabra mágica para las grandes empresas, tanto una bandera como una imperiosa necesidad. Ese consenso se consideró decisivo hasta que los pasos más importantes habían sido dados. Cuando terminó propiamente el periodo constituyente, el propio Suárez lo declaró finiquitado. Y estaba en el camino cierto: la democracia es confrontación y sólo su implantación puede ser obra de consenso.

Los españoles, con lenguaje sumario y gráfico, empezaron a distinguir entre *progres* y *fachas*. Empezaron a hablar de Europa como horizonte y destino y empezaron a cuestionarse la estructura de los poderes y del Estado. La reconciliación se fue imponiendo como condición inexcusable o, cuando menos, como paso inevitable para garantizar el futuro. Más que un ajuste de cuentas con el pasado, se vio claro entonces que lo que se deseaba era poner la memoria "bajo una losa", como se ha dicho también.

De hecho, siempre que hemos vuelto sobre aquella época "heroica" se ha hecho inevitable la comparación entre las Españas de los treinta y de los setenta, que no es inocente en modo alguno, ni es un ejercicio de estilo a favor de la "perspectiva histórica" con que hemos de entender el presente.

> ÉSTE ES UN BUEN MOMENTO PARA REVISAR LA HISTORIA DE LA TRANSICIÓN, PUES CREEMOS QUE HA HABIDO DEMASIADA AUTOCOMPLACENCIA

Realmente fue ahora cuando los españoles empezaron a adquirir conciencia de cuán distintas eran esas dos Españas arquetípicas del siglo XX. Se generalizó la conciencia cierta de que, en ambas coyunturas históricas, la sociedad española se enfrentó a retos cuya similitud, formal al menos, se nos imponía. La comparación entre la España de los treinta y la de los setenta se ha mostrado siempre fecunda, por cuanto la incuestionable ligazón histórica entre una y otra muestra precisamente lo peligrosas que son las analogías fáciles. La memoria enlaza las épocas históricas vividas pero no las identifica.

En la primera de esas coyunturas, el proceso de cambio derivó hacia un conflicto que acabó en guerra suicida, mientras que en la segunda se consiguió lo que nadie, en mayor o menor medida, ha dejado de considerar un éxito histórico y un salto cualitativo para el futuro del país. Por ello también es claro que desde 1977 se abrió un nuevo momento en la memoria de nuestro pasado inmediato y se hizo más evidente la necesidad de explicarlo mejor. Continuó un cierto miedo al pasado, pero fue mayor el impulso a no demonizarlo.

Adolfo **Suárez**, Felipe **González** y Santiago **Carrillo**, durante una reunión mantenida antes de las primeras elecciones generales de 1977.

Propaganda electoral de **AP**, precursora del actual Partido Popular.

Historia vivida

Hasta hoy mismo, la historia de nuestro presente tiene como nudo de identidad ese episodio de esfuerzo colectivo que fue la Transición. Pero como en toda historia de cada presente, tal nudo dejará de ser la referencia obligada cuando una nueva generación, sucesora de la protagonista entonces, se encuentre en su plenitud social y se proponga una nueva entelequia, como dicen los estudiosos de las generaciones en la Historia. Todavía hoy es, no obstante, una historia vivida y como tal está ligada a la memoria colectiva de la comunidad. Es imperativo que esa memoria no se convierta en banal.

Para que semejante memoria permanezca viva y para que la historia que se base en ella sea verdadera, es inexcusable la disposición a revisarlas en cada instante. Lejos tanto de quienes piensan que la historia de la Transición es intocable, como de quienes mantienen que todo en ella es erróneo; de quienes la tienen por la plenitud de los tiempos como de quienes la dan por la gran ocasión perdida. Lo que debemos mantener es que nunca hay una historia definitiva, porque, como la memoria misma, está siempre en construcción. Es éste un excelente momento para pensar en una revisión de la historia de la Transición, porque creemos –y estas celebraciones de ahora lo muestran– que es excesivamente autocomplaciente.

Pero esa revisión no habrá de basarse necesariamente, y menos aún exclusivamente, en la aducción de nuevos testimonios, de nuevas fuentes, en la exploración más pormenorizada de actitudes y comportamientos de personajes y de instituciones, en el desvelamiento de más o menos nuevos "secretos". En modo alguno pretendemos decir que la transición pueda ser entendida históricamente sin la existencia de una sólida masa documental, sin la búsqueda y el análisis riguroso de toda una amplia documentación que sabemos existente y poco utilizada. Pero ello, siendo condición necesaria, no es suficiente. Pasados veinticinco años, la tarea revisionista de la Transición debe procurar, sobre todo, colocarnos de manera más nítida que nunca, y cuando esa operación es perfectamente posible basándonos todavía en el testimonio vivo, en la "situación" histórica de quienes la hicieron. Porque el único presupuesto metodológico que es insustituible es el de que "nada estaba dado".

Folleto electoral del **Frente por la Unidad de los Trabajadores**, hoy desaparecido.

Lo que importa revisar son las actitudes de cada uno, pero en su preciso reflejo público, no en la intriga privada, y en la influencia que tales actitudes tuvieron para la toma de decisiones, con resultado imprevisto muchas veces. De ahí que lo definitivo sea precisamente comprender las expectativas y explicar las decisiones. La historia de la Transición no puede permanecer edulcorada por parecer que representó las esperanzas y deseos de todos. No fue así. Puede decirse que la Transición fue ejemplar, pero que muchas de las derivaciones que el futuro nos ha mostrado lo han sido mucho menos. Importa, pues, explicar aquel presente, más aún que por lo que representa de superación del pasado, por lo que ha tenido de condición de nuestro futuro.

LOS ACTORES

La firma de los **Pactos de La Moncloa**, el 25 de octubre de 1977. Los acuerdos permitieron frenar la inflación.

Diez especialistas abordan el papel de la economía, los sindicatos, la Iglesia, las Fuerzas Armadas, el búnquer, los estudiantes, los nacionalismos, la política exterior, los medios de comunicación y la memoria histórica, como agentes en el tablero en que se jugó el cambio

ECONOMÍA
De la crisis del petróleo a los Pactos de La Moncloa

RAMÓN TAMAMES
Catedrático de Estructura Económica, UAM/Cátedra Jean Monnet de la UE

Se dice frecuentemente que la coyuntura económica mundial no acompaña a los propósitos constituyentes españoles. Y se citan al respecto los casos de Antonio Cánovas del Castillo con La Restauración de cara a la Constitución de 1876, los problemas de la Segunda República Española con análogo propósito en 1931, y, como caso más reciente, el de la Carta Magna de 1978. En esas tres circunstancias, entre recesiones y depresiones, hubo que sortear y superar muchas dificultades para avanzar políticamente.

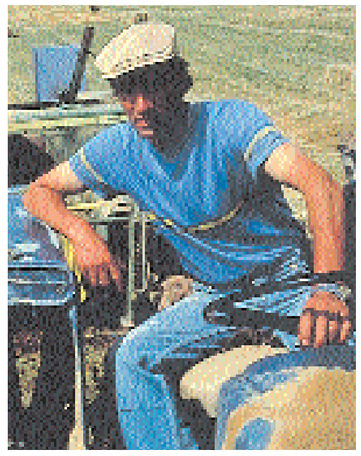
En la última transición democrática española del siglo XX, uno de los grandes obstáculos —o visto desde otra forma, el mayor de los retos—, fue el de las adversidades originadas por el choque petrolero de 1973/74, que en menos de un año elevó los precios de los crudos de petróleo de 2 a 14 dólares por barril. De ese modo, España hubo de pagar un impuesto a la OPEP del 6 por 100 del PIB, de manera que la inicial crisis energética se transformó, por la caída del consumo, en crisis industrial, con paro creciente y cierres de fábricas y otras actividades. El tercer acorde de secuelas sería la crisis financiera, pues muchas empresas no pudieron devolver sus créditos, lo cual se llevó por delante más de cincuenta bancos, a un coste elevadísimo.

El crecimiento del período 1963/73, a una media del 7,7 por 100 del PIB acumulativo, se transformó en estancamiento con inflación; y en un paro que fue elevándose gradualmente hasta casi un millón de personas a poco de las elecciones generales del 15 de junio de 1977. Tras las cuales, el presidente Adolfo Suárez —era casi un clamor popular la necesidad de ponerse de acuerdo las fuerzas políticas—, convocó a consulta a todos los partidos democráticos con representación parlamentaria; para abrir las negociaciones que en octubre de ese mismo año conducirían a los Pactos de La Moncloa, uno de los hitos de la transformación que significó la democracia en lo económico.

Los Pactos, con los acuerdos de moderación salarial, permitieron frenar una inflación desbocada ya en el 26 por 100, de modo que en 1978 se redujo al 19, tras una previsión inicial del 22. Por otro lado, se inició la reforma fiscal, en la línea de lo que España tendría que asumir de cara a su previsible ingreso en la CE. Igualmente, se reformó la Seguridad Social, que en lo sucesivo contaría con transferencias presupuestarias del Estado de origen fiscal, como también se introdujeron cambios notables en el sistema financiero, la regulación de precios, y la estructura agraria. Ulteriormente, como consecuencia de los Pactos, se desarrollarían la Ley Básica de Empleo, el Estatuto de los Trabajadores, algunas innovaciones en la política energética (Consejo de Seguridad Nuclear, etc.), y otras medidas que dieron a los Pactos un amplio valor de referencia.

En resumen, puede decirse que con lo acordado en La Moncloa, se creó una sensación de que la economía española no estaba desbordada por los acontecimientos, al reconducirse algunas variables macroeconómicas importantes. Y aunque el desempleo siguió creciendo (no se olvide el segundo choque petrolero, 1979/80, peor aún que el anterior), puede decirse que se devolvió la confianza institucional. Lo cual quedaría aún más en evidencia al promulgarse la Constitución, refrendada por los españoles el 6 de diciembre de 1978.

Dibujo de un folleto de propaganda de la **Candidatura de los Trabajadores**, una de las múltiples formaciones de izquierda que concurrieron a las primeras elecciones generales.



Un **agricultor** de los años 80. Desde 1977, los trabajadores pudieron sindicarse legalmente.

SINDICALISMO
Un proceso de concentración

JAVIER PANIAGUA
Profesor titular de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales
UNED

Era comprensible, en 1977, que Martín Villa propusiese el mantenimiento de la infraestructura sindical unitaria, donde se incrustarían las sindicales que salían de la clandestinidad después de la muerte de Franco. La Organización Sindical Española, nacida en el franquismo, contaba con un gran patrimonio –edificios, residencias, escuelas– que había ido acumulando a lo largo de los años y, además, tenía más de 32.000 funcionarios que se concentraban, principalmente, en Madrid. No era fácil desmantelar aquella estructura, que había mediatizado las relaciones entre empresarios y trabajadores durante más de treinta años.

Sólo Comisiones Obreras, nacida en la mina asturiana de La Camocha en 1958, puso en cuestión un sistema que había mantenido controladas las reivindicaciones obreras con la persecución de cualquier acción que supusiera la ruptura de la armonía que el franquismo predicaba entre patronos y productores: "Si quieres hacer dinero, hazte amigo del obrero" decía un personaje de una de las películas de Antonio Molina, que además representaba el tópico del empresario catalán. Comisiones fue impulsada por el PCE, aunque en un principio la integraba todo tipo de trabajadores. Su táctica consistía en formar comisiones de delegados, al margen del sindicalismo oficial, en apoyo de las reivindicaciones de los convenios, al permitir la Ley de 1958 una cierta participación de los trabajadores. La infiltración en los mecanismos del sindicalismo vertical franquista, propugnada por los dirigentes comunistas, dio a Comisiones la oportunidad de controlar muchos de los convenios colectivos y de intervenir en la OSE. Su estrategia le proporcionó buenos resultados propagandísticos,

Adolfo **Suárez** y el cardenal **Tarancón** se saludan efusivamente en 1977. El prelado defendió con fuerza la reconcilliación y la democratización desde la reinstauración de la Monarquía.

con unos dirigentes abnegados que sufrían la persecución policial y condenas a diversos años de cárcel.

No fue hasta 1966 cuando las comisiones obreras adquirieron una estructura permanente. De ahí que el PCE no vio, en principio, con malos ojos que la estructura sindical permaneciera unitaria. En sus análisis de aquella época, éste aparecía como el principal partido de la oposición, porque así creía que se resolverían las cosas a la vista de su trabajo político durante el franquismo. Ya lo dijo una vez Anguita: la transición no cumplió con la Historia, porque era a ellos, los comunistas, a los que les tocaba ser los protagonistas de la izquierda. Un partido, el PCE, hegemónico, y un sindicato, Comisiones Obreras, principal órgano de los obreros y campesinos. Éste era su esquema, respaldado, además, por el modelo de la Italia de los setenta.

Sin embargo la Historia no es proceso ineluctable y otros movimientos sindicales habían salido a la luz: la Unión Sindical Obrera (USO), que había nacido alrededor de los años 60 y que se definía como una organización de orientación socialista y anticapitalista, partidaria de un sindicalismo de clase y cuya línea quedó definida en su III Congreso, celebrado en 1971. Era, en el fondo, el intento de asumir el modelo ugetista. La UGT, durante el franquismo, combinó etapas en las que sus ejecutivas eran dirigidas sólo desde el exterior, con otras mixtas, con militantes del interior. Mantuvo cierta influencia en algunos núcleos del País Vasco y asturianos y siempre se opuso al entrismo en el sindicalismo franquista. Comenzó a recuperar su fuerza en paralelo a lo que ocurría con el PSOE después del Congreso de Suresnes. En cambio la CNT, la otra gran central sindical nacida en 1910, sufrió un proceso de enfrentamientos internos y escisiones que acabaron convirtiéndola en marginal. En Euskadi, el sindicalismo nacionalista de ELA-STV, vinculado al PNV, mantenía su hegemonía compartida con UGT.

En julio de 1976 se constituye la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (la COS) integrada por Comisiones, UGT y USO, que la UGT abandonó pronto, por discrepancias con las otras que mantenían sus delegados todavía en el sindicalismo vertical. Pero, en el fondo, existía una concepción distinta de cómo debía articularse la unidad sindical. Una actividad huelguística frecuente se desencadenó entre 1976 y 1978, y la ilegalidad consentida de los sindicatos duró hasta abril de 1977, cuando las Cortes franquistas aprobaron la Ley de Libertad Sindical. A partir de entonces, el sindicalismo fue concentrándose en dos grandes sindicales, en un proceso parejo a lo que ocurrió con las organizaciones políticas, que llevaron siempre la iniciativa de la Transición. UGT y CCOO coparon el espacio mayoritario de la representación sindical.

IGLESIA
Entusiasmo por el cambio

Juan María Laboa
Profesor de Historia de la Iglesia
Universidad de Comillas

La situación de la Iglesia española en 1977, a primera vista, parecía comprometida y ambigua, aunque, al mismo tiempo, gozaba de un crédito y de un influjo que no parecían tener los demás cuerpos sociales.

El cardenal Tarancón había afirmado ante el rey Juan Carlos, en la famosa ceremonia de Los Jerónimos de 1975, que la Iglesia se comprometía con la defensa de los derechos y las libertades de los ciudadanos en un Estado no confesional y laico. No se trataba de una decisión oportunista, sino de la consecuencia natural del profundo cambio experimentado por la Iglesia y por los creyentes españoles a partir del Concilio Vaticano II.

El féretro de Franco abandona el Palacio de Oriente camino al Valle de los Caídos. **El Rey frenó a los militares** mientras se iniciaba una cautelosa refoma de las instituciones.

Esta actitud no significaba su disolución en el anonimato, porque su presencia en la sociedad seguía siendo importante, pero sí su rechazo del compromiso político y la aceptación de su neutralidad partidista. Naturalmente, la primera consecuencia de esta decisión fue su no apoyo a los partidos demócratacristianos que, en circunstancias normales, hubiesen podido conquistar una parte significativa de la representación popular.

Otra conquista impensable unos años antes fue la de la nueva relación con las organizaciones obreras, gracias, sobre todo, a la participación activa de la HOAC y de la JOC en los movimientos y las luchas sindicales. El tradicional anticlericalismo social había desaparecido en gran parte, pero permanecía enhiesto un anticlericalismo cultural, aderezado con frecuencia con ribetes anacrónicos.

El cambio interior eclesial resultó también espectacular. Su integrismo tradicional había desaparecido en gran medida y buena parte de sus creyentes participaba del pluralismo y de la secularización generalizada. La reconversión –cultural, religiosa y de talante– interna favoreció un diálogo y un intercambio más fluido con una sociedad que, a su vez, estaba cambiando aceleradamente.

Este pluralismo interior y exterior favoreció la sensación de que la Iglesia estaba desmoronándose, pero en realidad fue la causa de que los católicos se encontraran en todos los sindicatos, partidos y opciones sociales. Resultaba la Iglesia más difícil de gobernar, pero su presencia fue más universal.

Esta es la Iglesia –fieles y jerarquía– que aceptó con entusiamo generalizado la democracia, la monarquía y la nueva Constitución, constituyendo un pilar imprescindible en la consolidación del nuevo régimen.

LOS UNIFORMADOS
Un tigre de circo

Gabriel Cardona
Profesor titular de Historia Contemporánea
Universidad Autónoma de Barcelona

El franquismo utilizaba las Fuerzas Armadas para controlar el aparato policial, formado por la Guardia Civil, militar; la Policía Armada, semimilitar, y el Cuerpo Superior de Policía, civil. En 1975, el Ejército era franquista con matices. Los generales, todos veteranos de la Guerra Civil, eran incondicionales, pero el entusiasmo político de los mandos restantes disminuía con la edad. La larga dictadura había formado un Ejército sumiso y destecnificado, donde era posible diferenciar cuatro grupos: la gran masa inerte de quienes aceptaban una reforma política, aunque sin sacrificarle un cabello; los ultras vinculados a los órganos del poder militar y falangista y la Unión Militar Democrática (UMD), organización clandestina de unos doscientos oficiales jóvenes demócratas.

Como la Falange estaba desprestigiada y desgastada, el Ejército concentraba la mayor reserva de poder político mientras y, según las leyes vigentes, el futuro Rey sería su jefe natural. En consecuencia, recién muerto Franco, el Gobierno de Arias Navarro, a fin de evitar un vacío de poder, nombró capitán ge-

CRONOLOGÍA DE LA TRANSICIÓN

20-XI-75. Muerte de Franco.
22-XI-75. Juan Carlos, proclamado Rey.
29 XI-75. Por indulto real, salen de la cárcel Marcelino Camacho, Nicolás Sartorius y los demás dirigentes de Comisiones Obreras condenados en el juicio 1.001
12 XII-75. Primer Gobierno de la monarquía, presidido por Carlos Arias Navarro. En él, José María de Areilza ocupa Exteriores y Adolfo Suárez es secretario general del Movimiento.
9-II-76. Santiago Carrillo entra en España de forma clandestina.
3-III-76. Cuatro trabajadores muertos y más de cien heridos durante la huelga general de Vitoria.

Atentado contra la Guardia Civil en 1977.

13-IV-76. Se constituye en París la Coordinación Democrática, que agrupa a la Junta y a la Plataforma.
9-V-76. Enfrentamiento en Montejurra, entre carlistas partidarios de Carlos Hugo y los de Sixto de Borbón. Se salda con un muerto y tres heridos.

Carlos Arias Navarro, jefe de Gobierno.

1-VII-76. Carlos Arias presenta la dimisión al Rey, que dos días más tarde nombra presidente del Gobierno a Adolfo Suárez.
16-VII-76. Suárez anuncia que su programa de Gobierno contempla amnistía para delitos políticos y elecciones generales en 1977.

Felipe González en un Congreso del PSOE.

23-IX-76. Manuel Gutiérrez Mellado, vicepresidente primero de Defensa.
9-X-76. Se crea Alianza Popular.
5-XII-76. XVII Congreso del PSOE, donde sale reelegido Felipe González.
10-XII-76. Santiago Carrillo da una rueda de Prensa. Lleva varios meses en España disfrazado con una peluca.
11-XII-76. Los GRAPO secuestran al presidente del Consejo de Estado, Antonio María de Oriol y Urquijo.
15-XII-76. Referéndum sobre la reforma política. Abstención del 22 por ciento. Votos a favor, 94 por ciento.

Antonio María de **Oriol**.

22-XII-76. Detención de Santiago Carrillo.
5-I-77. Se suprime el Tribunal de Orden Público y se crea la Audiencia Nacional.
23-I-77. Un grupo ultra asesina al estudiante Arturo Ruiz, en una manifestación en Madrid.
24-I-77. Los GRAPO secuestran al teniente general Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar.
24-I-77. Matanza de abogados laboralistas en la calle Atocha de Madrid.
11-I-77. La Policía libera a Oriol y Villaescusa.

Miembros de la **Unión Militar Democrática**, fundada en agosto de 1974. La UMD se disolvió antes de las primeras elecciones democráticas.

neral de los ejércitos a Juan Carlos de Borbón, sin esperar a que fuera proclamado rey de España.

El Rey frenó a los militares mientras se iniciaba la cautelosa transformación de las instituciones, con el cuidado de mantenerse dentro de los límites marcados por la Ley Orgánica del Estado, a fin de no conceder un pretexto a la intervención castrense. Suárez integró a cuatro generales franquistas su Gobierno y, más tarde, reunió a todos los altos mandos para explicarles el sentido de la reforma y garantizarles que no legalizaría el Partido Comunista.

Aunque muy inquietos por los atentados terroristas y la reforma política, los generales ultras contuvieron sus inclinaciones a causa de la obediencia debida al Rey, el incremento de la presión democrática y el temor a que, si se rebelaban, la UMD volviera la tropa contra ellos. Cuando Suárez legalizó por sorpresa el Partido Comunista, mostraron su indignación sin pasar a mayores, y el general Gutiérrez Mellado, ministro de Defensa, puso en marcha una reforma que permitió el pase voluntario a la reserva de numerosos militares y policías.

La UMD se disolvió ante las primeras elecciones democráticas. Sin embargo, los ultras se organizaron clandestinamente hasta llegar al golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, fracasado porque la mayor parte de los militares mantuvo la disciplina, a pesar de simpatizar con los golpistas. Franco había convertido al Ejército en un gran *tigre de circo*, temible, pero que no se bajaba de su taburete hasta recibir la orden del domador. Ahora el domador era el Rey y el tigre seguía obedeciendo.

El fracaso del 23-F, la entrada de España en la OTAN y el masivo pase de militares a la reserva redujeron a mínimos el grupo ultra, aunque su organización secreta, la Unión Militar Española, siguió conspirando. La llegada al poder de los socialistas contribuyó a eliminar el poder político de los uniformados, que acabaron integrándose en la normalidad democrática.

LOS ULTRAS
Más ruido que nueces

Julio Gil Pecharromán
Profesor titular de Historia Contemporánea
UNED

Una de las incógnitas que las elecciones a Cortes Constituyentes vinieron a despejar en gran parte fue el apoyo social de la extrema derecha, es decir, de los sectores involucionistas –el búnquer– que se oponían a la reforma política y a su consecuencia, la democracia parlamentaria. Hechos como la sangrienta conmemoración carlista de Montejurra en 1976, el asesinato de abogados laboralistas en la madrileña calle de Atocha o el frecuente "ruido de sables", crearon durante más de un año la sensación de que la ultraderecha civil y militar tenía una notable capacidad para alterar el proceso de transición. Lo que faltaba por averiguar era si sus diversas organizaciones políticas eran capaces, desde la oposición más frontal al centro-derecha gobernante, de arrastrar un amplio porcentaje de votos en las elecciones de junio de 1977.

La existencia de una extrema derecha al margen del Movimiento Nacional franquista era un tema ya viejo. Dentro de las diversas familias del régimen, y especialmente del tradicionalismo y del falangismo, pervivían sectores radicales que apreciaban un paulatino abandono de las esencias doctrinales del primer franquismo por una dictadura que acentuaba su carácter tecnocrático. Con excepciones, las autoridades toleraban, incluso a veces aprovechaban, la existencia de estos grupos, siempre y cuando actuaran bajo subterfugios funcionales que no pusieran en cuestión el monopolio político del Movimiento Nacional.

Existían, así, organizaciones de carácter muy variado, muchas de ellas de corta vida y todas con una escasa base de militancia. Los falangistas de la "revolución pendiente", quizás los más críticos con el franquismo, contaban con organizaciones como la Falange Auténtica y los Círculos Doctrinales José Antonio. Había una minúscula, aunque activa, corriente neonazi, cuyos principales grupos eran el Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE), formalmente una asociación de estudios wagnerianos, y el Partido Español Nacional Socialista (PENS). Algunos grupos se decantaban abiertamente por la violencia, como el Movimiento Social Español, al que se atribuyeron varios atentados, o los más famosos Guerrilleros de Cristo Rey. Organizaciones paramilitares, como la Confederación Nacional de Excombatientes, eran formalmente apolíticas y actuaban como grupos de presión con excelentes contactos en las Fuerzas Armadas. Con todo, la gran organización de la extrema derecha era Fuerza Nueva y su apéndice juvenil, Fuerza Joven. Creada en 1966 por el notario Blas Piñar, formalmente como una empresa editorial, FN encarnó la corriente más dura del franquismo, la que asumía sin fisuras los pretendidos "ideales del 18 de Julio".

Durante los últimos años del franquismo, las asociaciones políticas habían sido rechazadas por el búnquer porque consideraba que eran una puerta abierta por los reformistas del régimen para que se colaran los auténticos partidos políticos, incluidos los de la izquierda antisistema. Aún así, algunos sectores que se podían situar en la ultraderecha concurrieron cuando se abrió la ventanilla del Ministerio de la Gobernación. Nacieron en 1976 efímeras asociaciones políticas, como la Unión Tradicionalista Española y su correligionario, el Frente Institucional, surgido de la Hermandad del Maestrazgo, o el Frente Nacional Español, del sector más franquista del falangismo, que lideraba Raimundo Fernández Cuesta, a quien el Gobierno impidió durante algún tiempo recuperar el nombre de Falange Española de las JONS.

Blas Piñar, fundador de **Fuerza Nueva**, se convirtió en la cabeza más visible de la ultraderecha tras la muerte de Franco. En las elecciones de 1979, sólo logró un escaño.

La aprobación de la Ley para la Reforma Política, a la que la extrema derecha se opuso con todas sus fuerzas, la obli-

La creación de AP, vinculada al franquismo pero respetuosa con la democracia, condenó al búnquer a un rotundo fracaso

gó a embarcarse en una apresurada carrera para constituir partidos legales y presentarse a las elecciones de 1977. Sin embargo, el surgimiento de Alianza Popular, una organización manifiestamente vinculada al franquismo sociológico, pero que acataría el juego democrático, condenó al búnquer a un rotundo fra-

13-II-77. ETA asesina a dos guardias civiles en Mondragón.
9-IV-77. Legalización del PCE.
15-IV-77. Se convocan para el 15 de junio las primeras elecciones generales desde 1936.
3-V-77. Suárez se presenta a las elecciones como líder de centro.
14-V-77. Don Juan de Borbón renuncia a sus derechos a la Corona el mismo día que regresa a España Dolores Ibarruri, la Pasionaria
20-V-77. ETA secuestra al financiero Javier de Ibarra.
24-V-77. Comienza la campaña electoral.
15-VI-77. Elecciones generales.
22-VI-77. Aparece el cadáver de Ibarra, asesinado por ETA.
29-VI-77. Tarradellas, recibido por el Rey.
28-VII-77. España solicita entrar en la CEE.
22-VIII-77. Comienzan las reuniones de la Ponencia Constitucional.
11-IX-77. Millón y medio de personas participan en la Diada en Barcelona.
20-IX-77. Atentado contra la revista *El Papus*: un muerto.
7-X-77. Más de cien mil vascos piden autonomía para Euskadi.
23-X-77. Tarradellas regresa a Cataluña como presidente de la Generalitat.
25-X-77. Firma de los Pactos de La Moncloa.
17-XI-77. Felipe González, opuesto a la entrada de España en la OTAN.
5-I-78. Entra en vigor la preautonomía de Euskadi.
19-I-78. Se despenaliza el adulterio.
27-II-78. Tarancón, reelegido presidente de la Conferencia Episcopal.
11-III-78. Se aprueban las preautonomías de Galicia, Valencia, Aragón y Canarias.
19-IV-78. Primer Congreso del PCE desde la II República.
19-IV-78. Preautonomía de Andalucía.
29-IV-78. El PSP de Tierno Galván entra en el PSOE.
1-VI-78. Preautonomía de Extremadura, Castilla y León, y Baleares.
28-VI-78. ETA asesina al periodista José María Portell.
9-VII-78. ETA asesina a Javier Jáuregui, juez de paz de Lemona.
31-X-78. Congreso y Senado aprueban por mayoría la Constitución.
10-XI-78. Mayoría de edad a los 18 años.
16-XI-78. Operación Galaxia. Detenidos Antonio Tejero y Ricardo Sáenz de Ynestrillas.
6-XII-78. La Constitución, aprobada en referéndum con el 88 por cien de los votos a favor y una abstención del 33 por ciento.
29-XII-78. Suárez convoca elecciones generales para el 1 de marzo de 1979.

Carnet de militante del PCE.

Portada del semanario ***Triunfo***, de julio de 1977.

Anagrama del partido de **Tierno Galván**.

Tejero y **Sáenz de Ynestrillas**.

caso electoral. Sus electores se dispersaron entre varias candidaturas que no obtuvieron ningún diputado, pese a que los dos principales partidos, Fuerza Nueva y Falange Española de las JONS, suscribieron una efímera Alianza Nacional 18 de Julio, que sólo obtuvo el 0,8 por ciento de los sufragios.

La extrema derecha demostró, pues, la escasez de sus apoyos populares. Pero ello no significaba que no tuviera un papel político que jugar. De hecho, en 1979, Blas Piñar logró un solitario escaño en el Congreso al frente de una amplia coalición ultra, Unión Nacional. Y dos años más tarde, el 23 de febrero de 1981, el último y violento coletazo del búnquer franquista puso en peligro la existencia misma de la joven democracia española.

LA UNIVERSIDAD
El fin de las revueltas

Marc Baldó Lacomba
Profesor titular de Historia Contemporánea
Universidad de Valencia

Al acabar la dictadura, la Universidad española era una institución bloqueada. Por un lado, contaba con una población escolar masificada y efervescente y un profesorado joven y dinámico y, por otro, estaba atrapada en un marco institucional ineficaz que la paralizaba. Los gobiernos tecnócratas anteriores se ocuparon más de la represión que del fomento: invirtieron pocos recursos –71 dólares por alumno frente a los 400 de Italia y más de 1.000 de Alemania, Francia y el Reino Unido-, contrataron profesores en precario –los no

Caricatura de Summers, publicada en *Cambio 16*, en 1976, en la que ironiza sobre la **represión policial** contra los estudiantes.

numerarios o PNNs– y no adecuaron la institución a las necesidades del cambio social que se estaba operando. Ni siquiera la Ley General de Educación de 1970 logró grandes resultados, pues nacía con las alas presupuestarias recortadas, y además tropezó con la conflictividad de estudiantes y PNNs. Desde 1974, a estos problemas se añadieron las convulsiones políticas de la Transición. La cuestión universitaria se aparcó hasta las elecciones de 1977. Tras éstas, los Gobiernos de UCD no lograron ponerse de acuerdo por las disensiones internas entre democristianos y socialdemócratas: Cavero presentó un proyecto en 1978, y González Seara otro en 1979. La ley universitaria tuvo que esperar hasta el primer Gobierno socialista.

Mientras tanto, en la Universidad se seguían viviendo los dos grandes cambios de la segunda mitad del siglo XX: el crecimiento de estudiantes y del de profesores. En cuanto a lo primero, en el quinquenio 1975-80 hubo un promedio de 608.000 alumnos, 200.000 más que el lustro anterior. Pero este incremento escolar iba unido a la protesta. El movimiento estudiantil se radicalizó en los setenta, en parte como consecuencia de la feroz represión –asesinato del estudiante Enrique Ruano, estado de excepción de 1969, expedientes masivos–, y en parte como resultado de una nueva actitud de rebeldía, que tenía un fuerte componente de rechazo existencial y emulaba el mayo francés. Influyeron modelos y estrategias de la nueva izquierda, nacida entonces, la cual halló en la Universidad un terreno abonado y mantuvo un reto constante contra la dictadura.

Los profesores también echaron su cuarto a espadas. La ley de 1970 creó cinco escalas de funcionarios; sin embargo, se dotaron pocas plazas de esos cuerpos, optándose por contratar PNNs, que en 1977 representaban el 82 % de la plantilla. Este colectivo, que sostenía la Universidad posible, tomó conciencia de su situación: a la inestabilidad laboral y las diferencias salariales escandalosas –que no se justificaban ni por su carga docente ni por su investigación– se añadían factores generacionales y políticos. No pocos habían participado en el movimiento estudiantil en los sesenta y eran militantes de partidos de la oposición. El movimiento, formalmente, nació en 1972, definió su "tabla reivindicativa", que incluía contrato laboral, carrera docente y democratización de la Universidad. Desde la larga huelga de 1975, afloraron contradicciones internas: unos optaban por la funcionarización y otros, por el contrato laboral, pero no por ello se desactivó la protesta, que siguió, de hecho, hasta la reforma universitaria de 1983 y aportó a la Universidad un impulso democrático que, en parte, explica la madurez de esta institución.

LOS NACIONALISMOS
El empuje de catalanes y vascos

Albert Balcells
Catedrático de Historia Contemporánea
Universidad Autónoma Barcelona

Tres fuerzas hicieron imposible la continuidad del franquismo después de la muerte del dictador: el movimiento obrero, el movimiento nacional catalán y el movimiento nacional vasco. En Cataluña y en el País Vasco, el movimiento obrero declaraba apoyar también el autogobierno. Por su parte, los socialistas y comunistas españoles se habían convencido de que sin la autonomía catalana y vasca, –junto con la gallega– no era posible alcanzar y consolidar la democracia en España. Desde 1971, la Asamblea de Cataluña, amplísimo frente antifranquista que reivindicaba la recuperación del Estatuto de 1932, se había anticipado en su formación cinco años a la "Plata-junta" de 1976 en Madrid y había tenido mucho que ver en esa anticipación el papel aglutinante de la reivindicación nacional.

El 15-J, la UCD ganó las elecciones en España, pero las perdió en Cataluña y en el País Vasco. En Cataluña, con una participación del 79,3%, la consulta tuvo el carácter de un plebiscito autonomista, ya que el 75% de los votantes apoyó

Josep Tarradellas saluda a su llegada al aeropuerto de Barcelona, el 23 de octubre de 1977, tras 40 años de exilio.

partidos autonomistas y en cabeza fueron los socialistas, con un 28% de los votos y los comunistas del PSUC, con el 18%, proporción doble de la conseguida en España por el PCE. Quedaban empatados y en tercer lugar la UCD y la CDC de Jordi Pujol. En las elecciones al Senado arrasó la Entesa dels Catalans, formada por socialistas, comunistas, ERC e independientes de izquierda.

La derrota de su partido en Cataluña, obligó a Suárez a negociar y a olvidar su proyecto de Consejo General de Cataluña, que no iba más allá de lo que había sido la Mancomunidad de 1914. Samaranch dejó la presidencia de la Diputación de Barcelona para irse a Moscú como embajador de España.

La Asamblea de Parlamentarios de Cataluña tenía la autoridad del sufragio popular, pero quedaba en Francia el presidente de la Generalitat en el exilio Josep Tarradellas. Suárez comprendió que negociando con este último podía neutralizar a las izquierdas catalanas. Tarradellas se presentó en Madrid el 28 de junio y volvió a Francia. La permanente de la Asamblea de Parlamentarios no tuvo más remedio que secundar la negociación de Tarradellas, que el 23 de octubre volvió a Barcelona como presidente de la Generalitat provisional, después de la masiva manifestación del 11 de septiembre en Barcelona, en demanda del estatuto de autonomía. Fue el restablecimiento de una autoridad republicana en el exilio dentro de la monarquía.

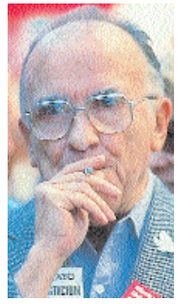
De momento, Tarradellas sólo contaba con la presidencia de la Diputación de Barcelona. Los partidos catalanes habían acordado disolver las diputaciones de Cataluña. En 1978 tuvieron lugar la introducción obligatoria del catalán en la enseñanza reglada y los primeros traspasos. Dentro del Gobierno de unidad de Tarradellas, los socialistas y comunistas cargaron con un desgaste político mayor por la rebaja de sus programas iniciales muy radicales. A pesar de su afán de protagonismo, no fue Tarradellas sino los parlamentarios catalanes los responsables de la negociación del Estatuto de 1979. El primer Parlamento catalán eligió presidente de la Generalitat a Jordi Pujol en 1980, al haberse convertido CiU en la primera minoría.

En el País Vasco se formó el Consejo General Vasco a finales de 1977, como organismo preautonómico y con base enlos resultados electorales por provincias. Contaba con cinco consejeros del PNV, cinco del PSOE, tres de UCD, uno de EE y un independiente. Tras una vo-

LOS PROTAGONISTAS

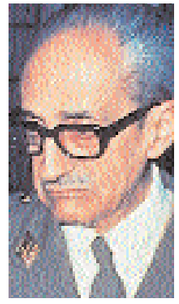
Adolfo Suárez (1932)
Presidente de Gobierno de 1976 a 1981 y fundador de Unión de Centro Democrático. Procedente del franquismo, acabó desde dentro con el antiguo régimen y fue el gran protagonista de la Transición.

Felipe González (1942)
Licenciado en Derecho, ingresó en el PSOE en 1962. En 1974 era su secretario general. Convirtió a su partido en el principal grupo de la oposición. En 1982, barrió en las elecciones generales.



Santiago Carrillo (1915)
Secretario general del PCE desde 1960, lo convirtió en un grupo eurocomunista democrático, de forma parecida al del italiano Berlinguer. Participó en la elaboración de la Constitución.

Manuel Fraga (1922)
Ministro de Información y Turismo con Franco, entró en el Gobierno de Arias Navarro como titular de Interior a la muerte del dictador. Fundó Alianza Popular y fue ponente de la Constitución.



M. Gutiérrez Mellado (1912-1995)
Vicepresidente de Gobierno con Adolfo Suárez en 1976, el papel de este capitán general, que combatió en la Guerra Civil, fue fundamental para lograr que el Ejército aceptase la democratización.

Pasionaria (1895-1989)
El regreso de Dolores Ibárruri a España en mayo de 1977, tras décadas de exilio en Moscú, fue uno de los símbolos de la reconciliación nacional. Fue elegida diputada en las primeras elecciones.

tación disputada, fue elegido presidente por un voto de diferencia el veterano socialista Ramón Rubial en vez del nacionalista vasco –no menos veterano– Juan Ajuriaguerra. El PSE (PSOE) en aquel momento era partidario de la autodeterminación, compartía el deseo de integrar Navarra en la futura comunidad autónoma y estaba de acuerdo con el PNV en no disolver el Gobierno vasco en el exilio, presidido por Leizaola, hasta que se contase con un estatuto vasco homologable al de 1936.

Con la amnistía del 14 de octubre de 1977, salieron de la cárcel los últimos 89 presos políticos a la vez que se eximía de responsabilidades a las autoridades franquistas por los actos de la dictadura. Continuaron, sin embargo, los atentados de ETA.

La Constitución de 1978 fue plebiscitada en Cataluña, pero no en el País Vasco, donde hubo una abstención que llegó al 57%, apoyada por el PNV.

Después de la victoria del PNV en las municipales de 1979, hubo que cambiar el Consejo General Vasco y fue elegido presidente Carlos Garaikotchea. Cuando éste fue elegido *lehendakari* en 1980 por el primer Parlamento vasco, Leizaola le transmitió su autoridad y tomó asiento como un diputado más en el Parlamento.

Dos trayectorias diferentes: la vasca, con el terrorismo de telón de fondo, y con Navarra separada del proceso; la catalana, con un mayor consenso y sin violencia. Pero ambas con la similitud de su afirmación de unos derechos colectivos que habían logrado superar la interminable noche franquista.

POLÍTICA EXTERIOR
Meros propósitos

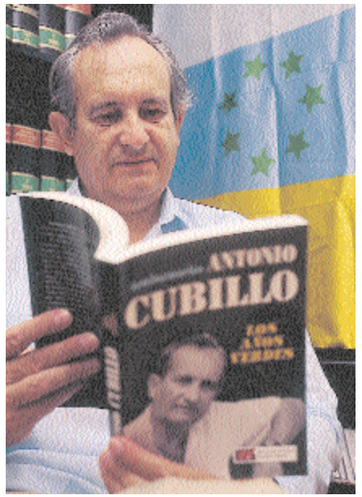
Emilio Menéndez del Valle
Embajador de España
y diputado socialista al
Parlamento Europeo

El largo y sombrío período de la dictadura franquista finalizado en 1975 sumió a los españoles en un sinfín de carencias y nos alejó –en modos y maneras, en tipo de vida y en ritmo histórico– y aisló del mundo exterior, en especial del mundo europeo democrático.

De ahí que, a partir de noviembre del 75, las diversas fuerzas sociales, políticas y económicas se movilizaran tratando de buscar una vía que facilitara libertades en el interior y un acercamiento a Europa en lo exterior. Los primeros seis meses fueron clave y constituyeron la fase más importante e interesante de la política exterior de la transición democrática. En ella, el papel del Rey y del ministro de Asuntos Exteriores, José María de Areilza, fueron fundamentales. Poco de lo llevado a cabo después por Adolfo Suárez y su primer ministro de Exteriores, Marcelino Oreja, habría sido posible sin los pasos dados por ellos. Pasos que hubieron de sortear los obstáculos inmovilistas del propio presidente del Gobierno, Arias Navarro, y del llamado búnquer, el franquismo político-económico, que aún subsistía con fuerza.

> Tras la muerte de Franco, las fuerzas sociales, políticas y económicas buscaron vías de acercamiento a Europa

La orfandad democrática impactó en nuestra política exterior de entonces. En los discursos y declaraciones de Oreja, se traslucía una mezcla de precaución y relativa timidez ante la carencia de credenciales democráticas que exhibir y una cierta admiración, no exenta de envidia, ante determinadas consecuciones y profundizaciones democráticas en Europa, de las que nosotros no podíamos hacer gala. Ello fue particularmente notorio hasta nuestras primeras elecciones de junio 1977. Estos comicios y la Constitución democrática de 1978 fueron dos de los hitos más significativos de la Transición política española.



Antonio Cubillo, que fue líder del movimiento independentista canario (MPAIAC), con su libro de memorias, en una fotografía reciente.

En ese lapso de tiempo, las relaciones exteriores de España bascularon entre el objetivo principal –nuestro prolongado intento de acceder a las Comunidades Europeas, algo que no se logró hasta 1986, con el PSOE en el Gobierno –y una actitud un tanto errática hacia África. Oreja se sintió a gusto intentando perfilar una política hacia Iberoamérica, lo que Areilza no intentó. En realidad, no tuvo tiempo para ello. En diciembre de 1978, Oreja definió a España como "país europeo, democrático y occidental con una doble dimensión: la americana y la africana". Por entonces ya se acusaba al Gobierno Suárez de "veleidades tercermundistas", algo que Oreja intentó contrarrestar, si bien sería sólo el último ministro de Exteriores del partido de Adolfo Suárez, la Unión del Centro Democrático (UCD), Pérez Llorca, quien en 1981 contundentemente afirmaría: "La política exterior de España es europea, occidental y atlántica".

El "tercermundismo" de Suárez y Oreja estaba motivado por varios factores. Desde una variante de populismo-progresismo de un sector de UCD a la necesidad de intentar una vía autónoma en las relaciones internacionales que singularizara y rentabilizara nuestro papel, dado que el horizonte CEE se veía aún muy lejano. Sin olvidar que la aventura del *sui generis* Antonio Cubillo, quien empujaba la "africanidad" de las Canarias, forzaba una línea de acercamiento a la Organización de la Unidad Africana y al Movimiento de Países No Alineados. De ahí los viajes de Oreja a Senegal (abril 1977); del rey a China (junio 1978), que incluyó en su discurso –preparado por el Gobierno– una mención al papel de las potencias hegemónicas en las relaciones internacionales; de la presencia de España como observadora en la Conferencia No Alineada de La Habana (septiembre de 1979) y del viaje a Cuba en ese mismo año del propio presidente Suárez.

Cabe, empero, decir que una política exterior tal no podía dar demasiados frutos. Por un lado, la diversidad de tendencias ideológicas y políticas en el seno de la UCD, algunas de ellas duramente enfrentadas entre sí, y, por otro, la fragilidad de la democracia en esa primera parte de la transición –como el intento de golpe de Estado del 23-2-1981 evidenciaría– la dejaron reducida a una política exterior de propósitos.

LA PRENSA
Sensibilidad al interés general

Justino Sinova
Director del Máster de
Periodismo del diario
El Mundo

La Prensa empezó a renacer en España a finales de los años sesenta y en la primera mitad de la década de los setenta. La última etapa de libertad que se recordaba había coincidido con la proclamación de la República, en 1931, y había durado poco, hasta la promulgación de la Ley para la Defensa de la República, seis meses después, una ley que contribuyó a enrarecer la situación que hizo exclamar a Ortega su "¡No es esto, no es esto!" en uno de sus contundentes artículos, *Un aldabonazo*. Tuvo que pasar mucho tiempo –una guerra, una dura posguerra de riguroso control, la larga administración de una victoria...– para que se produjera un acontecimiento determinante: la elaboración de una ley que suavizaba la vigilancia sobre la Prensa, la ley de 1966, obra del equipo de Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información.

Diario16

Los vascos estrenan la nueva amnistía

Jubilosa liberación de los etarras en Carabanchel

EN LAS PROXIMAS HORAS SALDRAN LA MAYORIA DE LOS 178 PRESOS POLITICOS

Retraso de las normas electorales

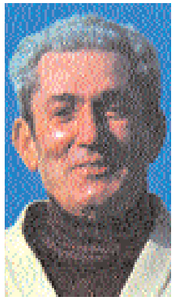
Orcasur: Interviene el gobernador

El suelo de Madrid, por las nubes

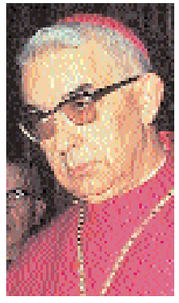
Portada de ***Diario 16***, del 22 de marzo de 1977. Hoy desaparecido, nació en la Transición comprometido con la libertad de expresión.

La ley mantenía un estrecho marcaje sobre la Prensa, pero la eliminación de la censura previa dio a los medios de comunicación la oportunidad de intentar una apertura que la sociedad empezaba a demandar. Algunos diarios (*Madrid*, *Informaciones*, *El Alcázar* de la primera época, *Nuevo Diario*, *Diario de Barcelona*, *Tele Express*, y luego también los tradicionales como *Ya*, *ABC*, *La Vanguardia*...), algunas revistas (*Cuadernos para el Diálogo*, *Cambio 16*, *Triunfo*...) y una agencia de noticias (*Europa Press*) contribuyeron a ensan-

LOS PROTAGONISTAS



Marcelino Camacho (1918)
Líder del sector metalúrgico de Madrid de CC OO, fue secretario general de este sindicato de 1976 a 1987. Encarcelado más de ocho años bajo el franquismo, fue diputado por el PC de 1977 a 1980.



Cardenal Tarancón (1907-1994)
Odiado por los sectores más ultras, que pedían su cabeza ("Tarancón al paredón"), el presidente de la Conferencia Episcopal Española comprometió a la Iglesia con la lucha por las libertades desde 1975.

Carmen Díez de Rivera (1942-1999)
Jefa de Gabinete de Adolfo Suárez en junio de 1976, su papel fue clave en el diálogo entre el jefe de Gobierno y los líderes de la oposición, hasta el punto de que fue bautizada como "la musa de la Transición".

Josep Tarradellas (1899-1988)
En 1977, año en que un millón de catalanes participó en la *Diada* en Barcelona, negoció con Suárez el restablecimiento de la Generalitat, diluyendo el peligro de un desencuentro entre Cataluña y el resto de España.

Carlos Garaikoetxea (1938)
Fue líder del Partido Nacionalista Vasco durante el debate constitucional y *lehendakari* del Gobierno vasco durante las dos primeras legislaturas autonómicas (1980-1985).

Enrique Tierno Galván (1918-1986)
Líder del Partido Socialista Popular, que integró en el PSOE en 1978, había sido represaliado por su oposición al franquismo en 1957. Fue popularísimo alcalde de Madrid desde 1979.

char el campo de juego –bien que a costa de serios disgustos: multas, suspensiones...–, de modo que cuando falleció el dictador, en noviembre de 1975, la Prensa estaba entrenada para contribuir a la aventura de cambiar el régimen franquista por una democracia. A los periódicos que habían soportado la situación anterior se sumaron otros –notablemente *El País* y *Diario 16*– que ayudaron a hacer de la Prensa una institución colaboradora e incitadora del avance político hacia la libertad.

En los primeros años de la Transición, los diarios y las revistas –no la televisión, monopolio en manos del poder, sí poco después la radio, ya que despuntaría un poco más tarde como gran medio informativo– fueron espejo del intenso debate social, de los deseos colectivos e individuales por la conquista de la libertad, de los esfuerzos de los políticos, de la necesidad de reconciliación de los españoles cuarenta años después... y así quedaban impresas en su páginas las reformas necesarias y el rumbo que había de tomar el país para encontrar la salida a la luz. Quienes titularon a la Prensa como "Parlamento de papel" definieron su actuación como ámbito de los debates y reflejo de los deseos de evolución. El mérito de la Prensa fue ser sensible a la aspiración social de libertad y cambio. Ese fue el modo en que ayudó entonces al interés general.

LA MEMORIA
Recordar, olvidar, desear

Antonio Elorza
Catedrático de Historia del Pensamiento Político
Universidad Complutense

Cuando el tema de la memoria histórica es abordado con referencia a la Transición democrática, lo que ante todo se destaca es la sabiduría con que la sociedad española y los políticos españoles supieron practicar un ejercicio de amnesia selectiva, olvidando pasadas confrontaciones y dejando ver con claridad que bajo ningún concepto deseaban que se repitiese una circunstancia como la que en 1936 propició la Guerra Civil. Desde 1956, el PCE había dado la pauta con su propuesta de "reconciliación nacional", cuyo eje consistía en otorgar prioridad a la recuperación de la democracia por encima de los desgarramientos del pasado, y los españoles, con el Rey y Adolfo Suárez a la cabeza, percibieron que esa era la única vía para escapar al laberinto del régimen franquista. Las elecciones del 15 de junio de 1977 refrendaron abrumadoramente esa opción, al dejar incluso al franquismo modernizador de los mal llamados "magníficos" de Fraga en un rincón minoritario. El propio PCE pagó la factura de querer apropiarse del legado de una oposición al régimen, en la cual sólo una pequeña minoría de la población tomó parte activa. Estaba muy bien ver a Dolores Ibárruri pasear por las calles de Madrid, tal y como proponía Ana Belén en su canción, o contemplar su regreso a Gallarta, pero era mucho más rentable exhibir, como los jóvenes recién llegados del PSOE, unas supuestas manos blancas de los años 30 al lado del respaldo europeo en el presente. Y era preciso no irritar demasiado a unos franquistas todavía bien implantados en el Ejército. No volver, por encima de todo, a la violencia del pasado, olvidar incluso lo inolvidable con tal de mirar al futuro: tal fue la actitud que permitió forjar el consenso democrático.

Eso no significa que esa amnesia pragmática supusiera un refrendo para la continuidad de los usos sociales del franquismo. Este no había sido solamente un régimen opresivo en los planos politico y social, sino también profundamente incómodo para la vida cotidiana de muchos españoles. El nacionalcatolicismo impuso demasiadas restricciones y un imperio del absurdo en el orden moral, que puede servir para explicar la intensidad que por un cierto tiempo adquirieron un "destape", casi siempre afectado de carga reaccionaria, y la relación sexual y el desnudo femenino como símbolos de liberación. Aquí es necesario evocar el éxito de un film conformista pero representativo, *Asignatura pendiente*, de Garci, o la exhibición del cuerpo esplendoroso de Victoria Vera en *El adefesio* de Alberti, asociada por añadidura al retorno de la gran María Casares. Otra imagen: el "viejo profesor", rijosuelo, contemplando el seno desnudo de Susana Estrada. Fue un sarampión, bajo el cual la sociedad española expresaba el deseo de dejar atrás unos tiempos en que por todas partes se vivía peor y sometido a presiones de todo tipo. Menos formalizada que el recuerdo de la guerra, esa estimación positiva del cambio, sólidamente asentada en la mejora del nivel de vida a partir de 1959, jugará a favor del PSOE, retrasando la llegada al poder de un PP sospechoso de neofranquismo –predicción ampliamente escuchada de Gila en 1993–.

Victoria Vera, en una imagen publicada en *Fotogramas* en 1976. Su pionero desnudo en el teatro fue símbolo de liberación.

El nacionalcatolicismo impuso un imperio del absurdo en el orden moral, que explica la intensidad inicial del destape

Esta segunda vertiente de la memoria histórica ha venido actuando como antídoto frente a cualquier veleidad de regreso a los años oscuros, incluso en las capas más conservadoras de nuestra sociedad. No es tan seguro, sin embargo, que la amnesia vinculada a la "reconciliación nacional" haya dejado de tener un alto coste, al menospreciar forzosamente los componentes democráticos y de izquierda en el pasado y evitar una crítica que pudo ser vista como revanchismo. Estaríamos así ante una memoria histórica en exceso condicionada.

Cambios sociales: PARADOJAS

Secularización junto a una religión más auténtica; insospechado dinamismo de los viejos poderes fácticos; más estudiantes, a la par que un mayor fracaso escolar; más igualdad, de la mano de un creciente resentimiento social. **Amando de Miguel** aborda las contradicciones sociales de la Transición

Imagen idílica de la sociedad española, que prometía el Partido Socialista Obrero Español en su propaganda electoral de 1979. Dibujo de José Ramón.

Los años setenta del siglo XX coinciden con intensísimas transformaciones de la vida española y no sólo en su parte política o institucional. En ella se produce nada menos que un cambio pacífico de régimen, del franquismo a la democracia. La sustitución de un régimen por otro se produjo "con los ascensores funcionando". El notable éxito de ese cambio político se explica porque durante los últimos años del franquismo se iban acumulando grandes transformaciones en la estructura social. De esa forma, los primeros episodios de la Transición democrática (1976-1978) resultan ser una lógica consecuencia de las tendencias en marcha.

Anotemos una paradoja inicial. La crisis energética de 1973 llega dos años más tarde a España. Es el momento que corresponde a la muerte de Franco y en el que los españoles se disponen a darse un sistema democrático. Mala combinación la de una crisis económica con las exigencias del establecimiento de una sociedad democrática. Después de todo, los dos antecedentes anteriores, la Restauración (1876) y la República (1931), se enfrentaron asimismo con sendas crisis económicas. Lo nuevo en este tercer episodio es que la sociedad española da un definitivo impulso de transformación hacia un sistema moderno y democrático. Tiene más mérito haber conseguido ese ideal a partir de

Amando de Miguel es catedrático de Sociología, Universidad Complutense.

1976, en un momento de crisis económica. Durante esos años adquiere un valor extraordinario la palabra "cambio". Tanto es así que muchas veces se valora el cambio por el cambio, sin precisar en qué dirección se mueve. Es como las atracciones de los parques de recreo: suelen ser vehículos trepidantes, pero que no llevan a ninguna parte; el placer está en moverse. De hecho, como vamos a ver, algunas de las transformaciones lo son con un rumbo no deseado. El auténtico "motor del cambio" político no fue tal o cual institución, el nuevo orden constitucional, sino las apetencias y sentimientos de los españoles que dieron un vuelco. La Transición democrática fue la consecuencia de esa alteración fundamental en el modo de pensar, de ver el mundo, del grueso de los españoles.

Un grupo de **obispos españoles**, conversando tras la celebración de una misa conjunta en una iglesia de Madrid, en los años ochenta.

Secularización y fe

Una transformación profunda fue el fenómeno de la secularización. En el decenio de los años setenta se produjo una caída, como nunca se había visto antes, de la práctica religiosa. Se pasaba de una religión externa y ritualista a una religión íntima y personal, paradójicamente minoritaria pero más auténtica. Más tarde, durante los años ochenta, esa minoración de la religiosidad se va a contener hasta estabilizarse en los niveles actuales. Digamos que la autocalificación de "católicos practicantes" pasa abruptamente de ser la mayoría de la población a sólo un tercio. Aun así, no hay ninguna otra afiliación (deportiva, cultural, sindical, política) que consiga congregar regularmente a una tercera parte de la población. De esa forma, se calibra el enorme peso que tiene la religión en la vida española. Aunque la democracia decreta la separación entre la Iglesia y el Estado, la adscripción católica sigue siendo la base real de la orientación política. No hay un partido católico, pero los católicos practicantes votan regularmente a determinados partidos.

La Transición refuerza la idea de "Estado de bienestar", lo que supone, entre otras cosas, una mayor igualdad social. Sería todavía mayor si los ricos no consiguieran reducir legalmente sus impuestos. La paradoja es que, durante el franquismo, el Estado podía ser autoritario, pero el sector púbico era bastante débil. El advenimiento del sistema democrático significa también un gran refuerzo del sector público. Una consecuencia de la mayor igualdad que consigue la Transición es que las clases sociales se acerquen. Como compensación, se realza cada vez más el factor diferenciador de la edad. Jóvenes, maduros y viejos representan, a partir de ahora, modos muy diferentes de ver el mundo. El grupo intermedio de los activos tiene que pagar cada vez más impuestos para subvencionar tanto a los jóvenes como a los viejos. Las opiniones políticas o religiosas aparecen ahora fuertemente condicionadas por la edad. Estamos ante un factor de clasificación social que no se puede alterar; de ahí su fuerza.

La tradición de la sociedad española había sido la de una escasa movilidad geográfica. La cual fue compatible con el empuje de la emigración a América durante el primer tercio del siglo XX. Doblada la mitad del siglo, se produce un movimiento, cada vez más intenso, del campo a la ciudad. Durante los años sesenta tiene lugar una fuerte corriente de emigración hacia los países más industrializados de Europa. Al llegar la Transición se están produciendo fuertes movimientos de población dentro de España más el retorno de muchos emigrantes de otros países europeos. A partir de los años ochenta se contienen mucho esos movimientos geográficos. Unos años más tarde, tiene lugar el nuevo fenómeno de la inmigración extranjera. En menos de una generación, España pasa a ser de un país de emigrantes a atraer población extranjera. Los movimientos geográficos interiores reducen mucho su radio de acción; realmente acaban siendo simples cambios de residencia.

El *boom* de la inmigración

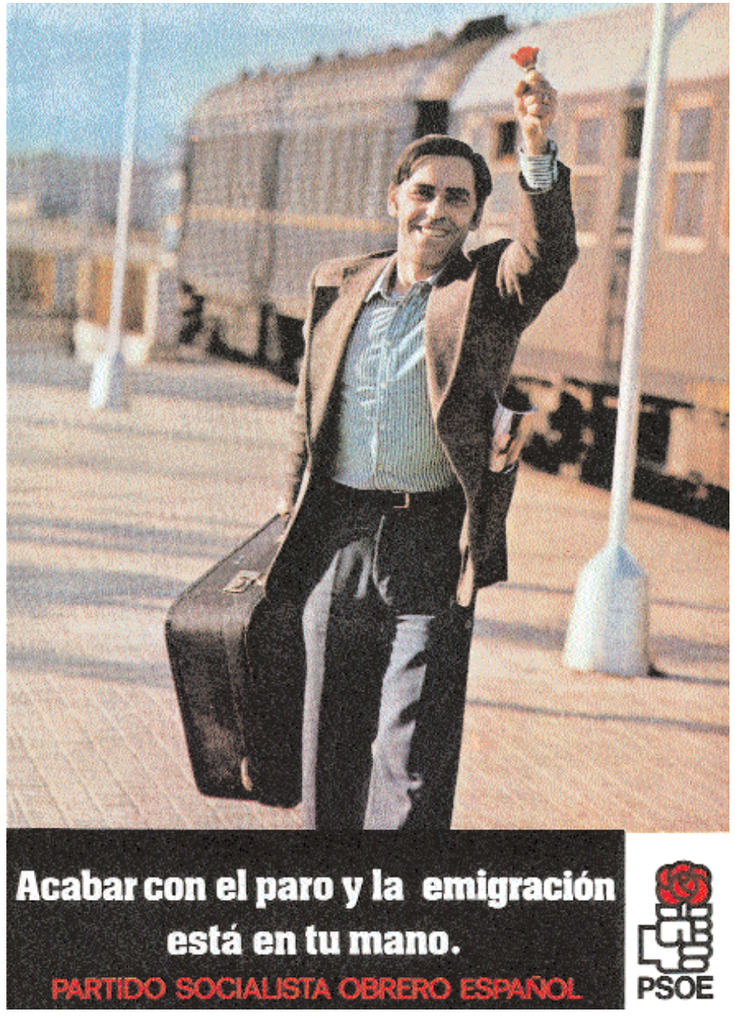
En 1970 había en España 1.710 marroquíes. En 2000, la útima cifra de que ofrece datos definitivo la *web* del Instituto Nacional de Estadística, había 199.782. Un salto similar han dado los ecuatorianos, que eran 532 en 1978 y 30.878 en 2000. De los 584 subsaharianos de 1978 se ha pasado a más de 50.000 en 2000. Son sólo tres ejemplos de la espectacular dimensión que ha cobrado la inmigración en España, un país de emigración tradicional, que aún en los años 70 enviaba anualmante a Europa a unas 100.000 personas, en su mayoría (casi el 90 por ciento) para trabajar como temporeros en las labores del campo en Francia. Eran años en los que las principales colonias de extranjeros residentes en España las integraban portugueses (21.801), alemanes (18.144) británicos (17.300), y franceses (14.891), en cifras de 1978.

En 2000, el total de extranjeros en España se acercaba al millón, con una concentración mayor en Canarias y Baleares, Cataluña, Valencia, Murcia, Navarra, La Rioja y Madrid, donde el porcentaje de población extranjera roza o supera el cuatro por ciento del total. (Fuente: INE).

Todos propietarios

Un factor que ayuda a contener mucho los movimientos geográficos es el deseo de tener vivienda propia que acomete a los españoles. A finales del siglo XX, más del 80% de las familias es propietaria de vivienda. Añádase la posesión del coche y de ahorros, también de forma mayoritaria. Los españoles de la última generación constituyen una nación de propietarios. Sólo por eso sus actitudes son básicamente conservadoras, o, si se prefiere, moderadas. La paradoja es que, ideológicamente, el grueso de la población se considera de izquierdas, todo lo más de centro. Hasta el partido conservador (Popular) pretende ser de "centro reformista", sin que oficialmente ninguno con representación parlamentaria quiera pasar por ser de derechas. Hasta ese punto han sido efectivos los vientos de cambio. Con plena libertad política, no hay ningún partido destacado que quiera recoger la herencia o la nostalgia del franquismo. Bien es verdad que tampoco están asentados los partidos republicanos o los revolucionarios. Por primera vez en la Historia contemporánea, los españoles están instalados en la moderación.

Todos los cambios apuntados pasan por destacar el más intenso dinamismo de la mitad femenina de la población. Son las mujeres el grupo más decidido a cambiar su forma de vida y de ver el mundo. Durante los años setenta, se amplía considerablemente la diferencia, a favor de las mujeres, respecto a la esperanza de vida. No solo las mujeres viven más años que los varones, sino que esa diferencia se extrema en el momento en que las mujeres hacen la misma vida que los varones. Por ejemplo, se logra la equiparación femenina en el estudiantado de todos los grados de la enseñanza. Las mujeres irrumpen en todos los sectores productivos. Esa igualdad real coincide paradójicamente con un nuevo sentimiento de discriminación, de tal forma que las mujeres toleran menos su situación subordinada en muchos terrenos.



Este folleto de propaganda electoral refleja la importancia que aún tenía la **emigración**, como salida para la falta de empleo, en la España de finales de los años 70.

Una consecuencia de la creciente participación femenina en la vida extradoméstica es el retraso en la edad de matrimoniar, el aumento de los divorcios y el descenso de la fecundidad. Todos esos procesos venían de atrás, pero se agudizan en los años setenta, antes y después del momento de la Transición política. En los años ochenta, se llega al reconocimiento legal del divorcio y a las tasas de fecundidad más bajas de todo el mundo y de toda la Historia. Una deriva paradójica es que aumentan sustancialmente las adopciones de niños extranjeros. Estamos ante una notable manifestación de un cierto espíritu altruista que coincide con el apogeo de lo que se llama sociedad consumista. Otras expresiones de esa actitud de desprendimiento pueden ser la creciente presencia de las llamadas "organizaciones no gubernamentales" (ONG). Antes ya existían, pero eran de índole religiosa o política. Las nuevas son de naturaleza cívica, no confesional, aunque siga contando el

Un salto formidable

En 1975, el *aceitunero altivo* de la canción de Paco Ibáñez, sobre un poema de Miguel Hernández, ganaba un jornal de 432 pesetas diarias. Hoy, la renta per cápita en España es de 2.686.800 pesetas (16.148 euros). El salto económico ha sido formidable, a pesar de que la renta española sea todavía el 83 por ciento del promedio de la Unión Europea.

También en población, España ha cambiado. De los 18.616.000 habitantes en 1900, pasó a 33.956 en 1970 y hoy supera los 40.500.000, con casi un millón de mujeres (20.680.000) más que de hombres (19.800.000) y con una de las esperanzas de vida más elevadas de la Unión Europea: 76 años para los hombres y 82 para las mujeres, por encima, por poner un ejemplo, del Reino Unido.

El mercado laboral lo integran 9.086.000 varones y 5.387.000 mujeres, de los que casi tres millones son trabajadores por cuenta propia. La tasa de paro es de las más altas de la UE, un 11,47 –con un 8,18 por ciento para los varones y un 16,5 por ciento para las mujeres, a años luz del 2,3 de desempleo masculino y 4,7 femenino de los Países Bajos–. En la actualidad, los españoles dedican el 30 por ciento de sus ingresos a la adquisición de la vivienda, más que a la compra de alimentos. (Fuente: INE).

ímpetu religioso o político. No es menor paradoja que las ONG sean una consecuencia del Estado de bienestar, un Estado que subvenciona todo tipo de actividades privadas.

El Estado de bienestar es también un Estado autonómico, en el sentido de la creciente personalidad de las regiones, constituidas en comunidades autónomas. A partir de 1976, una proporción creciente de españoles pasa a considerarse fundamentalmente como perteneciente a la respectiva comunidad autónoma. Esa identidad cercana priva sobre la de "españoles" y no digamos sobre la de "europeos". Se llega a sustituir la voz "España" por la de "Estado", a pesar de lo impropio de esa sustitución. Aparece aquí otra realidad paradójica. Al tiempo de constituir el mosaico de las autonomías, se produce una convergencia real en el modo de vida que caracteriza a los españoles de unas u otras provincias. El sistema democrático trae consigo una cierta revitalización de los municipios. El estilo vital de los pueblos se aproxima al de las ciudades. La expansión del automóvil y la mejora de los transportes públicos son factores que facilitan ese proceso de igualación territorial. El cual es también un correlato de la contención de los movimientos migratorios internos. Es más, muchos jubilados, antiguos emigrantes, regresan al pueblo de origen, lo que significa una cierta revitalización de algunas zonas rurales.

El sistema democrático ha traído la revitalización de los municipios; la vida del pueblo se aproxima a la de la ciudad

La paradoja territorial no acaba aquí. El Estado de las Autonomías se propone y consigue una estructura política descentralizada. Ahora bien, ese nuevo sistema es compatible con el nuevo auge que corresponde a Madrid. La autonomía madrileña empieza a ser la más dinámica de todas, tanto es así que sigue recibiendo inmigrantes, cuando la inmigración se reduce al mínimo con la crisis del petróleo. Las transferencias administrativas del Estado central al de las autonomías no produce la esperada minoración del estrato de funcionarios en Madrid. Madrid se constituye realmente en la capital financiera, económica y cultural de España. La sede real de las grandes empresas que cotizan en Bolsa se sitúa en Madrid (con pocas excepciones). Madrid se convierte incluso en un gran centro de atracción turística. La red de autovías prima la centralidad madrileña, cosa que no había ocurrido con la red de autopistas diseñada durante el franquismo. Más tarde, el sistema del ferrocarril de alta velocidad supondrá un refuerzo ulterior del papel central de Madrid. El aeropuerto de Barajas se hace más complejo que ningún otro y se sitúa a la cabeza de los europeos.

Manifestación anti OTAN en los 80. Jóvenes y estudiantes están hoy más despolitizados que los de la generación anterior.

Suave continuidad

La verdadera Transición es la que opera sobre la forma de opinar de los españoles. No hay una auténtica ruptura, sino que paulatinamente, a lo largo de los años setenta, van cambiando las actitudes del grueso de los ciudadnos. Al menos hay que referirse a la parte más activa y politizada. Hay dos núcleos especialmente dinámicos: los curas y los militares. Recuérdese que tanto la Iglesia (católica, claro) como el Ejército constituyeron dos formidables "poderes fácticos" del franquismo. Pues bien, esos dos núcleos experimentan un desusado espíritu renovador, de conversión a las esencias democráticas y modernizadoras. Esa transformación tiene lugar ya durante los últimos años del franquismo. Cierto es que todavía se mantienen algunos rescoldos autoritarios, pero el grueso de los clérigos y de los militares se pasa decidido al nuevo orden constitucional. Ese cambio es una de las claves de que la Transición no fuera una ruptura, sino una suave continuidad desde dentro de las instituciones. La Constitución de 1978 y la política subsiguiente se levantan con el espíritu de reforma y consenso. Fuera del exabrupto del terrorismo, la Transición se produce con un mínimo de violencia y un máximo de tolerancia. Algunas personas más críticas o rebeldes entienden que ese espíritu reformista o tolerante equivale a mantener muchas de las esencias del régimen autoritario. Pero las distintas opiniones conviven en un clima de buena inteligencia.

Empleo y educación

Aunque no sea llamativa la violencia política, la época de la Transición es testigo de un recrudecimiento de la delincuencia. La sociedad más compleja y permisiva facilita el hecho de lo que se ha llamado "inseguridad ciudadana". Las viviendas se parapetan con rejas y otros múltiples dispositivos de seguridad. Se percibe un notable auge de las compañías privadas de seguridad. Menudean los robos, pero también se denuncian más al ampliarse los seguros privados.

Otro aspecto preocupante de la época de la Transición es el incremento de las cifras de parados. En parte son producto de la llamada "reconversión industrial". Es un fenómeno que obedece, paradójicamente, al incremento de productividad que trae consigo la renovación tecnológica. Con todo, el nuevo fenómeno del paro masivo es mucho más complejo. Obedece a que se afianza el Estado de bienestar, lo que significa un nivel de subsidio a los parados desconocido hasta entonces. Es otra paradoja más y no será la última. Esa innovación del subsidio de paro anima a muchas mujeres, hasta entonces inactivas, a introducirse en la población activa. Esa ampliación de la fuerza de trabajo hace que una parte alta y creciente se instale en el desempleo. Añádase un elemento moral. Simplemente, la sociedad permite que muchas personas estén cobrando el subsidio del paro y al tiempo trabajen en la economía sumergida. Es una situación común que se acepta como defensa frente a la desmesurada presión fiscal. No es tanto que la presión fiscal sea objetivamente elevada como que se percibe que ha crecido mucho en poco tiempo. Es el lado doliente del Estado de bienestar. Menos mal que, como alivio, muchos españoles consideran que son "los otros" quienes pagan los impuestos. Es un buen ejemplo de lo que se llama "la función social de la ignorancia".

Los años setenta son testigos de un inmenso avance en la estructura educativa. De momento, se trata de un progreso cuantitativo –número de centros, profesores y alumnos– y no tanto de la calidad. La verdad es que ese avance viene a ser una especie de compensación de un atraso secular en el terreno educativo. Antes de 1970 no se consigue la plena escolarización hasta los 14 años. En los años 80, se llega a asegurar el puesto escolar a toda la población hasta los 16 años. En la edad juvenil, se consigue una tasa de escolarización universitaria que supera la de países más desarrollados. Como es lógico, esa brusca expansión del estudiantado se produce a costa de una deficiente calidad. La aportación de España al progreso científico y tecnológico sigue siendo mínima, por debajo de sus posibilidades como la potencia económica que es.

La disminución de la calidad en todos los escalones de la enseñanza obedece a la hiperestesia laboral. Ante el temor de que los jóvenes se queden en la calle, parados, el Estado y las familias acuerdan que lo mejor es tenerles atareados en los recintos escolares. Es un poco como se hace con los párvulos, al "aparcarlos" en las guarderías.

En contra de lo que se dice, el auténtico

Imagen de un **colegio electoral** durante la consulta de 1979, las segundas elecciones libres que se celebraron tras la muerte de Franco y que ganó la desaparecida UCD.

Manifestación contra el servicio militar. La última generación de españoles no se ha movido por el esfuerzo y tiene **poco grado de participación** en instituciones, partidos o sindicatos.

tico "fracaso escolar" no es la proporción de alumnos que no concluye sus estudios. Es más bien la alta proporción de los que pasan las sucesivas barreras educativas sin el necesario esfuerzo, con indiferencia hacia el aprendizaje profesional. Paradójicamente, con esa mentalidad muchos jóvenes terminan siendo candidatos al paro, que era lo que se quería evitar. Simplemente, se retrasa unos años esa azorante condición. Uno de sus efectos es que los jóvenes posponen el momento de la emancipación real mucho más allá de la mayoría de edad. Es un rasgo peculiar de los españoles de la última generación. Algunos fenómenos negativos, como el alcoholismo juvenil, tienen su base en ese hecho de la emancipación tardía.

Ha transcurrido un cuarto de siglo desde las primeras elecciones democráticas, las que dieron paso a la reforma política. Hay que preguntarse cómo ha evolucionado desde entonces el talante político de los españoles. Es evidente el éxito que supuso la Transición. Los españoles de los años setenta transitaron de un régimen autoritario a otro democrático sin golpes de Estado, sin apenas presiones exteriores, pacíficamente. Pero no todo ha sido felicidad en ese proceso. La democracia no equivale a la solución de todos los problemas. Realmente sólo se resuelve uno, aunque muy importante, a saber, la sucesión pacífica y regular en el poder. Todos los demás hay que solucionarlos uno por uno, muchas veces por cauces ajenos a la política. Es un axioma que "La felicidad nunca es completa".

Una paradoja que producen los sistemas democráticos es la desafección por los asuntos públicos. El electorado considera que ya tiene bastante con votar de vez en cuando. En el entretanto, confía en que los políticos profesionales, elegidos a través de los partidos, sabrán ocuparse de los problemas colectivos, los que se pagan con los impuestos. El resultado para España está muy claro. La intensa politización de los años setenta, antes y después del cambio de régimen, ha dado paso a una general despolitización. Es un signo de la normalización democrática, aunque algunos líderes sociales y políticos se quejen de esa situación. Los estudiantes universitarios y los jóvenes profesionales actuales se encuentran mucho más despolitizados que los de la generación anterior, la que vivió con pasión el cambio de régimen. Los universitarios de hoy se lo han encontrado todo hecho, políticamente hablando. Acuciados por el temor al paro, al trabajo inseguro, en un mundo cada vez más competitivo, esos estudiantes se desentienden de la política y se retiran a la vida privada. La familia, los amigos y los ocios llenan los deseos de realización personal de muchos. El espectáculo y el negocio del fútbol –a través de la televisión– se convierten en la nueva religión civil.

EN LA MENTALIDAD DE LOS ESPAÑOLES, SE HA INSTALADO UN CIERTO RESENTIMIENTO: LOS ÉXITOS AJENOS SE VEN EN DETRIMENTO PROPIO

Nadie quiere mirar atrás

No se puede pretender que en el lapso de menos de una generación, la cultura democrática se halle definitivamente asentada en España. Demasiado es lo que se ha conseguido. Una cosa es evidente: casi nadie quiere volver atrás. En España no se produce el rescoldo de los partidos de extrema derecha que se dan en algunos países centroeuropeos. La debilidad de la cultura democrática española no está por ese lado, sino por el de los nacionalismos excluyentes, que nunca se han sentido muy integrados con la actual Constitución. En su lugar, mantienen el sueño de la autodeterminación de sus respectivas nacionalidades, para ellos verdaderas naciones. Lo malo es que esos sueños se traducen a veces en el apoyo implícito (o incluso explícito) a la locura terrorista. El nacionalismo excluyente –fundamentalmente adscrito a Cataluña, País Vasco y Galicia– coincide con el intento de desplazar el castellano como lengua común en las regiones con dos lenguas. El error consiste en asignar la "lengua propia" a un territorio, no a las familias que la hablan. El problema es de difícil solución. Por otra parte, el castellano tiene tanta fuerza que no se ve desplazado.

Con cierta independencia de la política, preocupa el plano más inmediato de la igualdad social conforme avanza el desarrollo económico. La combinación de desarrollo y democracia asegura que la satisfacción de las necesidades básicas se cumpla de modo satisfactorio: vivienda, sanidad, educación, etc. Al menos se puede concluir que, a partir de 1976, esa igualdad básica se realiza mucho más que en épocas anteriores. Pero sucede que los españoles no gustan de compararse con el tiempo anterior, sino más bien con un difuso ideal igualitario a través de expectativas crecientes. De ahí que, a medida que se desarrolla el país, los españoles consideran que –en relación a los demás mejor situados– a ellos les falta mucho por conseguir. Es una suerte de agravio comparativo continuo, de insatisfacción permanente.

¿Resentimiento o fiesta?

La paradoja última del sistema democrático es que se ha instalado en la mentalidad de los españoles una especie de resentimiento social. Cada uno piensa que lo que deja de ganar –respecto a las expectativas crecientes– es porque se lo llevan otros. Es decir, los éxitos ajenos van en detrimento propio. Se trata de una actitud muy útil para establecer una sociedad competitiva, que avance cada vez más, pero a costa de muchas insatisfacciones personales. Los resentidos de la forma indicada suelen ser más bien personas no religiosas, de izquierdas o de una posición modesta. Ya no hay en España "agitaciones campesinas" o "lucha de clases", pero ese resentimiento general es su heredero. Es un resultado negativo del sistema democrático; no todo van a ser parabienes. El complemento positivo de esa mentalidad es el espíritu competitivo, de emulación, que es lo que produce el especial dinamismo de la sociedad española durante la última generación. No es una casualidad que el final del proceso sea que el partido que representa la ideología liberal consiga la mayoría absoluta.

Las encuestas levantadas durante el último cuarto de siglo revelan que los españoles aparecen regularmente satisfechos con la vida que les ha tocado en suerte. Les ayuda a esa satisfacción el filtro continuo que establecen los medios de comunicación, para quienes el mundo está lleno de desgracias. De todas formas, es difícil hablar de una satisfacción general. Se trata más bien de un índice medio, cuyos componentes son muy diversos, según sean las apetencias personales. Así, los españoles de la última generación se hallan francamente satisfechos con el lugar donde viven o las personas que les rodean. También es positivo el sentimiento de satisfacción personal por el cumplimiento de los objetivos vitales de cada uno. En cambio, la satisfacción desciende mucho respecto a las condiciones de trabajo o de estudio. Sería una grave calumnia concluir que los españoles de la última generación se han movido por la ética del esfuerzo. Cuando nos referimos a la vida pública –las instituciones, los partidos políticos, los sindicatos– la impresión es todavía más negativa. Particularmente crítico es en boca de los españoles el juicio sobre la Justicia o sobre el sistema financiero. Por ese lado, se puede advertir un gran déficit de lo que podríamos llamar cultura democrática.

Los españoles se hallan muy satisfechos de su círculo privado, pero se sienten desafectos del mundo público. El círculo privado no es sólo el de los familiares o amigos, sino el de las actividades de ocio o el del deporte como espectáculo, singularmente el fútbol. Sólo hay un punto de insatisfacción en el círculo privado: la falta de tiempo. Es un correlato de lo muy atareados que están los españoles, incluso los parados. Claro que la sensación de que falta tiempo no es tanto para trabajar más como para consumir más, para pasarlo lo mejor posible. La vida terrena no es ya un valle de lágrimas sino una fiesta continua, al menos para los jóvenes. Ese lado hedonista de la vida es también un proceso largo, que se destapa en los años sesenta y culmina en los decenios siguientes. También aquí cabe ver más el modelo de continuidad que el de ruptura.

Imagen de una playa mediterránea en verano. Los españoles se muestran **satisfechos** en las encuestas. Para los jóvenes, la vida es una fiesta continua.

PARA SABER MÁS

CHAMORRO, E., *25 años sin Franco. La refundación de España*, Barcelona, Planeta, 2000.

MAS, F., *España, la década decisiva (1990-2000). Retrato de un país ante el nuevo milenio*, Barcelona, Mondadori, 2002.

TUSELL, J., *Historia de España en el siglo XX. IV. La transición democrática y el gobierno socialista*, Madrid, Taurus, 1999.

VV. AA., *Veinticinco años de reinado de S. M. Don Juan Carlos I*, Madrid, Real Academia de la Historia/Espasa, 2002.